

El Republicano

SEMANARIO POLÍTICO

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

ANSELMO LORENZO
BIBLIOTECA
ARCHIVO
FUNDACION

AÑO I

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CAPITAL: Mes, 0'95 ptas. Trimestre, 1 id. Año, 4 id.
FUERA: Trimestre, 1'25 pesetas. Año, 5 id.
EXTRANJERO: Año, 7 pesetas.

PAGO ANTICIPADO

Guadalajara 27 de Abril de 1902

OFICINAS:
PLAZA DE MORENO, 6, PRINCIPAL

Toda la correspondencia se dirigirá al Director de
"El Republicano", apartado de Correos.

TARIFAS DE ANUNCIOS

Esquelas de funeral pequeñas: En 1.ª plana, 6 pesetas; en 3.ª, 3'50 id.; en 4.ª, 2 id. Anuncios, reclamos y comunicados, á precios convencionales.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NÚM. 8

FIN DE LA JORNADA

Guadalajara está de enhorabuena.

Ese poder misterioso é incomprendible que, con el nombre de clericalismo, barrena todas las leyes y sujeta á su férreo yugo las conciencias y el poder, acaba de recibir un estacazo en esta insignificante capital.

Tres años de continua lucha entre el Cardenal de Toledo y el Ayuntamiento de la Capital, en cuyo espacio de tiempo se evidenció la soberbia del Prelado, negándose en absoluto á las pretensiones del Ayuntamiento, encaminadas al derribo de la iglesia de Santiago por su estado ruinoso, y porque con la desaparición de dicha iglesia se hermozeaba todo un barrio, demuestran el inmenso poder del clero.

Cuantas veces la Corporación municipal solicitó de su eminencia parlamento para armonizar los deseos del Ayuntamiento y la Ciudad con los intereses de la iglesia, otras tantas tuvo que aguantar los insultos más soeces y las frases más despreciativas y altaneras del primado de las Españas.

«Quiera ó no quiera Guadalajara, el templo de Santiago subsistirá; de nada importa que las Ordenanzas municipales exijan la reedificación sobre la alineación de la calle; para mi autoridad no rezan alineaciones, ordenanzas ni leyes, pues solicito una Real orden y boca abajo todo el mundo».

Y así sucedió, y la Real orden se publicó, y acababa de celebrarse la subasta de las obras de reedificación; en el templo existía un verdadero almacén de barras de hierro, sin duda dispuesto para consumar el atropello y colocar el *inri* en la frente de esta culta población.

El Ayuntamiento, mientras tanto, meditaba, con una alteza de miras que le honra, obrando con la prontitud y energía que demandaban las circunstancias, uniéndose en apretado haz concejales republicanos, liberales y conservadores, identificados en un todo con su Alcalde y con la opinión pública.

Mientras tanto, la acción de los siglos trabajaba con incomprensible rapidez sobre los ya débiles muros de la vetusta iglesia, y las enérgicas órdenes de la Alcaldía, secundadas admirablemente por los obreros republicanos del Municipio, daban al traste con el edificio que cae desplomado entre los aplausos del vecindario, cortando de raíz un expediente inacabable, y dando fin al pleito.

No hemos de hacer leña del árbol caído; por eso nada hablamos en contra de la conducta del párroco de Santiago en todo el tiempo del litigio.

El partido republicano de Guadalajara, que ha comunicado el fuego sagrado de sus hermosos ideales á toda la población, fácil le hubiera sido coronar su obra vengando ofensas recibidas; se ha contentado con aconsejar el desprecio hacia el considerado causante de anteriores ultrajes.

La decoración ha cambiado por completo en Toledo; á aquellas actitudes provocativas y altaneras, á aquellos insultos soeces que escandalizaron la población, se les sustituye en la imperial ciudad por la invitación al par-

lamento. Concejales, adelante; si podeis perdonar las ofensas, no debeis olvidarlas; á la invitación telegráfica del Cardenal Sancha, lo menos que la población espera de vosotros es una rotunda negativa á acudir al llamamiento; no otra cosa merece el autor de los insultantes telegramas recibidos en todos estos días; no otra conducta merece el clero cuando se intrusa en asuntos que no son de su competencia; no otra conducta demanda el decoro y prestigio de la Corporación.

El partido republicano debe celebrar con regocijo el triunfo del Ayuntamiento; los Concejales de su credo se han opuesto á que prosperase el criterio de presentar las dimisiones sin estar derruido el templo; no querían conservar el cargo por vanidad, querían primero satisfacer los deseos de sus electores; por eso, arrojando toda clase de peligros, incluso la pérdida de su libertad, opinaron por soluciones radicalísimas; por eso y por algo misterioso é incomprendible que se dibuja á lo largo del horizonte, aunque confuso por la distancia, el triunfo ha coronado sus esfuerzos prestando un gran servicio á la obra de reedificación de la Nueva Guadalajara que vemos avanzar á pasos agigantados, libre de fanatismo, sin frailes y monjas y con muchas escuelas en donde se aprenda á gritar con entusiasmo: ¡viva la libertad de conciencia! ¡guerra al fanatismo religioso!

EN BELGICA

LOS DIPUTADOS SOCIALISTAS

Cuando Soriano, Lerroux, Fuente y yo entramos en la Cámara de Diputados de Bruselas, preguntamos á un ujier—sin intimidarnos ante las coronas reales que adornaban su uniforme—por el jefe ó representante de la minoría socialista y republicana.

Era día de grandes emociones parlamentarias. Fuera del palacio, en el inmenso parque de la plaza monumental, correteaban los grupos de niños bajo los árboles; pasaban al galope por las inmediatas avenidas los carruajes de esa burguesía belga, dueña de una gran parte del capital europeo y de casi todos los ferrocarriles del mundo; pero esta calma de tarde sosegada y hermosa de primavera, contrastaba con una agitación extraña, como de sorda irritación, que parecía commover las amplias galerías y las colosales escaleras del templo parlamentario. La sesión acababa de levantarse y pasaban ante nosotros los diputados, en gesticulantes grupos, con la cabeza descubierta.

—¿Son ustedes los diputados españoles?

Nos hacía esta pregunta un hombre joven, de arrogante presencia y ademanes nerviosos, brillándole los ojos azules y penetrantes tras los lentes de oro y acariaciándose los cabellos rubios que caían en rizos sobre su alta frente.

Era León Furnemont, el diputado de Charleroi, la gran cuenca carbonífera; el tribuno de los mineros, que cuando pronuncia discursos á sus electores lo hace al aire libre, ante un público que no baja de cincuenta mil personas. Nos habló en español, sin otra incorrección que la del acento, y á las pocas palabras recordó su estancia en España hace algunos años, cuando asistió al Congreso universal de libre-pensadores celebrado en Madrid con motivo del centenario de Colón.

Un belga extraordinario, con mucho de español y de italiano; un pensador y un artista al mismo tiempo; orador y hombre de acción; enterado perfectamente del último libro literario, del más reciente descubrimiento científico

y de las últimas elecciones verificadas en la más lejana é insignificante republiquilla de América; hablando lo mismo de las cuestiones políticas y sociales con la originalidad de un talento independiente, que de la grandeza de Wagner, cuyas óperas sabe de memoria.

—Mis compañeros están reunidos—dijo—y me envían á saludarles como conocedor de España. Estamos en momentos difíciles. Pero pasen ustedes; los diputados revolucionarios de Bélgica, quieren saludar á sus compañeros de España.

Entramos en un salón y vimos en torno de una gran mesa á los treinta y ocho diputados socialistas. Rembrandt hubiera pintado un hermoso cuadro, copiando aquellas cabezas simpáticas, llenas de una intensa vida, que se escapaba por sus ojos inteligentes. Unos eran morenos, de fuerte barba negra, como vivientes testimonios del paso de la dominación española por Flandes. Otros enormes, pesados, con triple sotabarba de grasa, crespas cabelleras y erizados bigotes del color del maíz, y la piel blanca con manchas amarillentas y rosadas, como los obesos personajes de Rubens.

Todos ellos lamentaban la conducta fría y casi hostil que los gobernantes de Francia habían observado con nosotros.

—Esa Francia!...—decía Furnemont con su habitual tono de zumba.—Conocemos bien á los franceses: sólo quieren la República en su casa; son unos republicanos que no trabajan para la exportación.

Yo contemplaba admirado á los individuos de la minoría parlamentaria más temible que existe en el mundo. Uno para todos y todos para uno. Son más que hermanos, y marchan unidos, sin necesidad de jefatura alguna. Una vez que un ministro espadachín intentó insultar á un diputado socialista, gritó Furnemont en plena sesión:

—El señor ministro se guardará de tocar ni un cabello á cualquiera de nosotros, porque los treinta y ocho, considerando la ofensa como propia, caeremos sobre él y le daremos la gran paliza.

La advertencia surtió efecto, y hoy los diputados del pueblo en Bélgica son los únicos realmente inviolables, y pueden decir la verdad y servir la causa de los oprimidos sin dedicarse antes á maestros de esgrima.

Cuando la superioridad numérica de los diputados clericales pretende atropellar el derecho de los socialistas, éstos apelan á medios tan originales como seguros para levantar la sesión.

Al pretender los diputados católicos enviar un mensaje al Papa, el simpático Furnemont gritó al presidente:

—Sigán cantándose aquí las glorias del Papado, nosotros cantaremos la Marsellesa. Lo advierto á la presidencia por primera vez.

Viendo que continuaba la discusión, hizo por segunda vez la advertencia y á la tercera púsose en pie y comenzó á cantar coreado por todos sus compañeros. El himno revolucionario se repitió tantas veces como los católicos intentaron reanudar el debate, y al fin, el presidente se vió obligado á levantar la sesión.

Cuando los reaccionarios pretendieron votar una ley restringiendo el sufragio aun más de lo que está en Bélgica, los diputados socialistas se presentaron con cuernos de caza y otros ruidosos instrumentos, terminando la sesión con una espantosa cerradura.

Son diputados como no los hay en país alguno. En perpetuo contacto con sus electores, viviendo siempre entre ellos—pues la pequeñez del territorio belga y la gran rapidez de los trenes les permite marchar por la noche á sus casas después de la sesión y pasar por la mañana dedicada á sus ocupaciones profesionales—sus «meetings» son diálogos familiares con el pueblo, y con tan franco cariño le traían, que para educar literariamente á la masa, organizan funciones dramáticas en el teatro de la Casa del Pueblo de Bruselas, y los principales oradores del socialismo se encargan de interpretar los personajes de Ibsen, de Hauptman y otros dramaturgos revolucionarios. Así se dió á conocer en Bruselas la *Electra* de Pérez Galdós: Máximo y Pantoja fueron dos elocuentes diputados, y las damas de la improvisada compañía mu-

jerres de su familia. Son diputados que instruyen y divierten al mismo tiempo; tribunos que no abandonan á su pueblo ni aun en los momentos de esparcimiento. Así les siguen las masas con una confianza absoluta.

Presenciamos el final de la reunión de los socialistas.

El Gobierno acababa de burlarles, una vez más, retrasando la discusión del proyecto del sufragio universal. Los dos únicos partidos del país, el llamado católico donde figuran todos los monárquicos, y el socialista que contiene á cuantos son enemigos de lo existente, iban á librar un nuevo combate.

Los clericales desean prolongar el sistema de la pluralidad de votos; absurdo procedimiento que concede al rico el derecho de que su voto valga por tres, cuatro ó cinco, según la cuantía de su fortuna, mientras el pueblo, que sólo dispone de un voto por individuo, no puede imponer su voluntad.

Los diputados de fuera de Bruselas iban á partir para sus casas. Cada uno daría cuenta á los electores de su ciudad de todo lo ocurrido. Por la noche Bélgica entera estaría en ebullición.

—No queremos hacer una revolución armada—nos dijo Furnemont al salir de la Cámara.

—Es inútil derramar la sangre del pueblo cuando se tiene abierto el camino del derecho. Nos basta la agitación para lograr que se proclame el sufragio universal, y el día que éste sea un hecho, como el país está con nosotros, seremos mayoría en la Cámara y gobernaremos nosotros. La gente se impacienta y desea ir á la revolución, pero Bélgica tiene un ejército de 40000 hombres, número excesivo para su territorio, y no queremos que esos señores, que juegan á los soldados, se diviertan fusilando al pueblo.

—¿Y si la lucha sobreviene á pesar de todo?—dijimos nosotros.

—Pues entonces no seremos tan neciamente románticos que vayamos á pelear contra los fusiles y los cañones con las herramientas del trabajo. Los obreros tienen dinamita: volaremos los túneles y los puentes y los capitalistas clericales transigirán para evitar el daño en sus riquezas.

Y lo decía sonriendo, bromeando, con la confianza del que tiene detrás el inmenso ejército negro de las minas de Charleroi.

—Esta noche me quedo en Bélgica para presidir el «meeting» de la Casa del Pueblo. Telegrafiaré á mi mujer avisándola. Conviene contentar á los impacientes de Bruselas; pero creo que á pesar de nuestra prudencia, ocurrirán conflictos esta noche.

Y al entrar en una cervecería hermosa y artística como el interior de un cuadro de Teniers, nos dijo Furnemont:

—Venga ustedes á la Casa del Pueblo solo como curiosos. Conviene que no intervengamos en nuestros asuntos. El gobierno, que está receloso por su llegada y lo hace seguir por los polizontes, ordenaría su expulsión, dándonos con ello un disgusto. Hemos de hablar mucho de los asuntos de España. Nosotros trabajaremos también para la exportación, pues vemos hermanos en todos los revolucionarios del mundo.

BLASCO IBÁÑEZ.

LO INSEPULTABLE

La llevaron al convento...
La llevaron engañada
con promesas de ventura...
¡Con promesas de ventura que eran falsas!...
Yo la ví cuando en un coche
la alejaron para siempre de su casa...
Iba triste, y á sus ojos
asomaron unas lágrimas,
que surcaron sus mejillas y al pasar junto á sus la-
la supieron muy amargas... muy amargas!... bíos,
Los suspiros de su pecho
claramente revelaban
las angustias de aquel ángel...
¡Las angustias de aquel ángel, que al volar quebró
Yo la ví cuando en el claustro sus alas
la dejaron, triste y pálida...
¡Ya el dolor trocado había por un tinte amarillento
los matices de su cara!...
Ni sus labios sonreían,